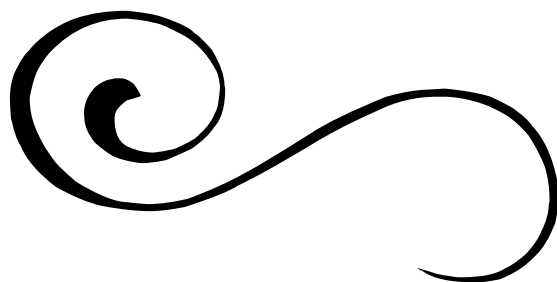


MANUELA

ESCAPADA... HACIA EL AMOR



PUNTOROJO
libros

Manuela

Maru Ruiz Bernal

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorjolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16611-64-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Maru Ruiz Bernal
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Novedad de la presente edición

De la mano del lanzamiento de *El secreto de Saint Michel*, segunda novela de Maru Ruiz Bernal, Punto Rojo anuncia otra noticia editorial, la reedición de su primera: *Manuela*.

Agotadas sus existencias hace meses, y debido a la gran demanda por parte de los muchos seguidores que se quedaron sin un ejemplar, especialmente su numerosa colonia en EEUU, la recuperamos en un nuevo formato... y con sorpresa dentro. Tras el éxito de la primera edición, nos planteamos para esta segunda el añadido de algún contenido extra que lo convirtiera en casi una novedad. Y lo hemos encontrado: La inclusión de *Escapada... hacia el amor*, la primera obra de la autora, inédita hasta la fecha.

Novela corta convertida en libro de culto para los escasos privilegiados que tuvimos la fortuna de leerla cuando su autora quiso compartirla con nosotros. Hace ya unos años, casi como si de la confesión de un vicio clandestino se tratara, Maru se acercó y nos confió una información, tímidamente, con modestia: *He escrito un libro*, declaración a la que acompañó su característica risa de Lindo Pulgoso.

Hoy aquel primer ejercicio literario nos sirve como documento histórico para apreciar la progresión de Maru Ruiz Bernal como escritora, el punto de partida desde el que todo arrancó. *Escapada... hacia el amor* mantiene la frescura de las primeras veces, y nos adelanta algunos de los temas y rasgos de estilo que jalonan su obra: el ambiente casi onírico en el que se desarrolla la trama, la vida en vigilia, entre el sueño y la realidad; la amistad y el amor como valores supremos por los que luchar; unas dosis de intriga, juegos metaliterarios con la propia vida de la autora y todo regado con una generosa ración de su inconfundible humor. Con ellos se completa la receta única e inimitable de lo que podríamos definir como “El toque Maru”. Igual que existen el toque Lubitsch, Hitchcock o Fellini, y el de pocos genios más, Maru Ruiz Bernal también tiene el suyo que convierte a su obra, como ella, en algo único.

Prólogo

Maru Ruiz Bernal nació hace unos 25 años en la bella localidad leridana de Seu d'urgell, la cual pasará a la historia básicamente por este hecho. Aunque los datos llevan a engaño, ya que de catalana tiene tanto como de china, rebelándose en seguida su auténtica nacionalidad: sureña, andaluza y sevillana.

De la rama medio mora de la familia —somos los mejores, qué le vamos a hacer—, desde muy pequeña empezó a demostrar sus grandes dotes para las Bellas Artes: vivir, viajar, tomarse un gin tonic a media tarde, conversar, ir de compras... y entregar su inmensa generosidad al servicio de sus amigos y familiares que tanto la queremos. Sin olvidarnos de su gran especialidad: la organización de fiestas y eventos, en los que se erige como la mejor de las anfitrionas posibles.

Lectora voraz, fue adquiriendo una sólida cultura literaria, ampliada con su formación en talleres literarios que la han llevado a lo que era su previsible destino: escribir.

Presentamos su primera novela, que no lo primero que escribe: cuentos, relatos, diario, e-mails, reclamaciones de multas, dedicatorias... donde nos ha mostrado su talento, sensibilidad,

capacidad de observación, sentido del humor y facilidad y buen gusto para la narración de historias.

Las influencias de Roman Polansky, Boris Izaguirre, Truman Capote, Almodóvar y la serie de tv *Vacaciones en el mar* se mezclan con su memoria personal para conferir un estilo único al relato. *Manuela* es una novela corta o nouvelle, como la llaman los franceses, que transcurre casi completamente en un crucero.

Y como no mucha gente sabrá, porque hasta que no nos subamos a uno tendremos que creer en lo que nos cuentan, los cruceros cruzan... los mares. El mar como símbolo de la vida. Siguiendo la gran tradición de la narrativa marítima, desde la *Odisea* a *Titanic*, Manuela se embarca en un viaje que cambiará su vida. Porque viaje viene de camino, y nunca se regresa igual. Puede que parezca que volvamos al mismo punto de partida... pero nosotros ya no somos los mismos.

Algo de eso le pasa a la protagonista y mucho más: una prueba de confianza, amistad, amor, respeto... una de esas pruebas que nos manda la vida de vez en cuando que nos hunde en la duda y la culpa si no sabemos resolverla, pero nos hace fuerte si lo conseguimos.

Bueno basta ya de prólogo que el prologuista se está poniendo mu pesao y filosófico...

Sean bienvenidos a este viaje, como el que embarcó a Maru en su escritura y de la que salió llena de la felicidad que da superar los retos y aprobar las asignaturas pendientes.

Ahora toca un respiro... y a por el siguiente.

Firmado:

LA FAMILIA (o sea la tuya)

Escapada... hacia el amor

El hielo se derritió un poco. Sonrió con un sentimiento verdadero que le incendió la mirada.

Mi cuerpo se estremeció y me vino a la memoria lo acontecido meses antes.

Cuando leí el anuncio del periódico no podía imaginarme todo lo que ocurriría en un período tan corto de tiempo.

Esa mañana me levanté más temprano que de costumbre. Me sentía inquieta. Tomé el desayuno y leí la prensa como todos los días. Todo iba bien hasta que mis ojos se clavaron en el anuncio que llamó mi atención...

—“Escritor necesita Secretaria. Disponible las 24 horas. Con coche, libre y dispuesta a viajar.”

Era lo que necesitaba para poder escapar de la pesadilla en la que me encontraba inmersa. Decidí que escribiría sobre la marcha, no lo dudé ni un instante.

Mi currículum es bastante bueno: tengo experiencia como Secretaria, soy bilingüe y además tengo estudios de psicología. Con respecto a mi vida personal no puedo decir lo mismo, pero tengo claro que contaré lo que crea conveniente. No estoy dispuesta a airear mis asuntos a nadie y menos a un desconocido. Pensaba yo, muy convencida de mí misma.

La contestación llegó a los dos días. Me citaba en un hotel muy conocido de Madrid. Al principio me mosqueó, pero acudí a la cita. Me ceñí un escueto vestido, de tarde, de tono rojo que, por el color moreno de mi piel, me favorecía mucho. Puse un poco de maquillaje en los ojos y en la cara y me recogí la larga melena negra, para dar más seriedad a mi aspecto. Al mirarme al espejo me dije:

—Estoy estupenda.

El hotel era una construcción del siglo XVIII, renovado, que conservaba todo el resplandor de su época. Tiene buen gusto... pensé. Hacía una tarde preciosa y estaba segura de que todo iba a salir bien. A las cinco en punto entraba en la cafetería y pregunté:

—¿El Sr. Aristu, por favor?

Un simpático camarero con un guiño señaló la mesa donde se encontraba, respiré profundamente y me di a conocer ante él diciendo:

—Buenas tardes, soy Patricia.

Se levantó y me tendió su mano presentándose.

Su voz me llegó ronca, una voz muy varonil... como todo él. Vestía de sport. Pantalón blanco, polo azul y un jersey blanco por los hombros, su calzado hacía juego con el color de su polo. Era joven ¡Y qué guapo!

Tengo que reconocer que me impactó su mirada. Sus ojos eran de un color verde que, a veces, se tornaban turquesas. Ni que decir tiene que me recorrió el cuerpo entero con su descarada mirada. La conversación giró más que nada a si yo tenía alguna atadura. Quería una persona libre para poder disponer de ella todo el tiempo que fuera necesario. La necesitaba para ya. El coche no era importante, en principio, ya que donde tenía que ir se podía alquilar uno.

La primera impresión al verlo fue la de un completo presuntuoso y descarado, por su manera burlesca y curiosa de mirarme. Pensé en dar la vuelta y dejarlo allí plantado... Pero necesitaba, no el trabajo en sí, sino salir urgentemente de Madrid y tenía que dejar la casa pues no me sentía tranquila en ella, ni podía permitirme el lujo de dormir una noche sí y otro no en un hotel. No tenía trabajo y mis ahorros iban menguando por día.

Él requería una persona libre y yo urgentemente tenía que huir. Olvidarme del embrollo en el que me había metido y para ello tenía que dejar la ciudad y no decir a nadie ni una palabra de lo que me disponía a hacer.

Una vez nos pusimos de acuerdo en la cuestión material, me indicó que tenía que comprar un billete de autobús para la mañana siguiente con destino a Xove, un pequeño pueblecito costero de la provincia de Lugo. Allí tenía que esperarle. Nos despedimos con un apretón de mano y un ¡Hasta mañana!

Me sorprendió que no me hubiera puesto ninguna pega en el asunto material ni me hiciera preguntas personales... Lo que le agradecí enormemente.

El corazón parecía que se me iba a salir por la boca. Sus latidos eran tan fuertes que creía que todo el que pasaba por mi lado los escuchaba.

Había sido todo muy emocionante y, yo, todavía no cabía en mí de la suerte que había tenido. Era un buen sueldo y el lugar me vendría muy bien para esconderme. El destino a veces es caprichoso, pensaba.

Mientras caminaba hacia el metro, para dirigirme a mi casa, pensaba como de pronto mi vida daba un giro de 360 grados. Hace una semana me parecía que todo me iba bien y que era plenamente feliz. Tenía un novio, un trabajo y una casa preciosa y la vida me sonreía. En un abrir y cerrar de ojos me encuentro: con Javier, mi novio, en la cárcel por evasión de caudales y blanqueo de dinero; un trabajo que tengo que dejar —es una oficina perteneciente al círculo de amistades de mi novio— y una casa que no me pertenece y que tengo que abandonar a hurtadillas. ¿Cómo me he podido dejar engañar de esta manera? ¡Qué ingenua he sido! Tengo que marcharme de la ciudad y ocultarme para que las “amistades” de Javier no den conmigo.

Por otra parte la policía también es posible que quiera interrogarme. Se me presentaba una oportunidad única y tenía que aprovecharla.

No sé que me depararía el futuro pero seguro que no sería tan malo como el presente.

Seguía divagando cuando al doblar la esquina me paré en seco. Observé como a través de los cristales del ventanal que daba al jardín alguien estaba en “mi casa”. Contuve la respiración. Me quedé quieta y vi partir a dos jóvenes vestidos con ropa deportiva. No los conocía. Esperé un poco, entre otras cosas, para tranquilizarme. Cuando pasó el tiempo suficiente corrí hacia la casa y entré muy despacio temiendo que hubiera alguien más dentro. No había nadie. Todo estaba revuelto.

Traté de serenarme y mentalmente comprobé que no faltaba nada de mis cosas personales. Lo que buscaban no lo encontraron por la forma en que se encontraban las habitaciones: salón, dormitorios y demás estancias de la casa.

Tenía que largarme lo antes posible. Recogí cuatro cosas, entre ellas mi portátil, que guardé en un bolso de viaje y salí precipitadamente.

Me debatía entre pasar la última noche en casa de mi amiga Mara o irme de nuevo a un hotel. Me incliné por lo segundo. No debía meter a Mara en esto. Por el momento debía enterrar mi pasado hasta que todo pasara.

Pensé que, mejor que comprar un billete de autobús, por si a alguien le daba por seguirme, era alquilar un pequeño coche para no llamar la atención. Eran muchos kilómetros... pero sería más seguro. Daría un rodeo antes de abandonar Madrid para despistar por si acaso a alguien se le ocurría seguirme y me encaminaría rumbo a lo desconocido.

Mis pensamientos volaban y no tenía forma de pararlos. De pronto me di cuenta de que tenía hambre. No había probado bocado en todo el día por culpa de los nervios. Una vez en la habitación del hotel pediría algo de comer.

No era capaz de conciliar el sueño, daba vueltas y vueltas en la pequeña cama del hotelito que había elegido a las afueras, en la carretera ya de A Coruña; deduje que lo mejor sería pegarme una ducha y ponerme en carretera cuanto antes, de esta manera llegaría más temprano y podría examinar el terreno y la casa a mi antojo.

Me vestí con ropa cómoda: pantalón negro, jersey de cuello alto —el mes de abril se presentaba frío— y botas. Mi pelo lo escondí bajo una boina blanca. Puse un CD y arranqué el coche. Era de noche. Tardaría un par de horas en amanecer.

La pista estaba vacía y la música apenas la escuchaba, mi mente se encontraba ocupada por las últimas palabras de Javier:

—“Patricia tienes que irte de Madrid, alejarte de mí, no me hagas preguntas... pero recuerdas que soy inocente de to-

dos los cargos. Te juro que todo se aclarará. No me olvides nunca. Te buscaré allí donde estés”.

Mi cabeza trataba de ordenar todo lo acontecido pero de lo único que no podía olvidarme es que Javier se encontraba en la cárcel y que lo habían declarado culpable. ¿Debía confiar en él? ¿Seguiría amándolo? Eran preguntas que me machacaban el cerebro una y otra vez. No debo pensar, me dije, y centrarme más en la carretera, ya que el cuentakilómetros va tan corriendo como mis pensamientos, y no quiero llamar la atención de la guardia civil.

Empezaba a amanecer, me vendría bien tomar un café. Paré en un área de servicios y estiré las piernas. Encendí un cigarrillo pero al nada lo tiré... debo dejarlo, me dije, y ahora sería un buen momento para intentarlo.

Continué circulando y cuándo me vine a dar cuenta el paisaje había cambiado totalmente. Tenía bosques tanto a un lado como a otro, estaba atravesando la provincia de Orense. Observé una indicación de carretera en la que advertían de la presencia de caballos sueltos.

—¡Ojalá me encontrara con algunos! pensé.

El caballo es el animal que más me gusta y nada me agrada más que ir a la grupa de uno de ellos y galopar por entre los bosques para olvidarme de todo. Deseaba con toda mi alma que todo fuera un mal sueño del que de un momento a otro

me despertaría. Pero la realidad era otra bien distinta y la situación en que me encontraba no cabía duda era muy embarazosa y no sabía hasta que punto peligrosa.

Recordé lo que había leído de Xove la noche antes en mi portátil. Es un pueblecito que pertenece a la comarca de A Mariña; se encuentra a 106 km de la capital. Al norte limita con el mar cantábrico. Su paisaje costero es su mayor atractivo.

En general presenta un relieve bastante accidentado, incluso el litoral es acantilado y abrupto debido a que los montes llegan hasta la propia costa a excepción de los lugares donde se han formado playas o en las desembocaduras de los ríos.

Sus habitantes no llegan a cuatro mil y se encuentra rodeado de grandes extensiones de pinos y eucaliptos, bellos paisajes y de playas como las de Lago, Portonovo y otras.

Si lo hubiera buscado no hallaría un lugar más recóndito para esconderme y que nadie dé conmigo. Me ha venido como caído del cielo. No dejaba de pensar en ello una y otra vez.

Llegaba la hora de almorzar, creo que lo mejor será que me detenga en Viveros, pensé, un pueblo que se encuentra a pocos kilómetros Xove, y después de comer me presentaría en la casa del Sr. Aristu.

Escogí un pequeño restaurante donde ponían comida casera y la señora de la cocina debió de alegrarse al ver cómo me metía entre pecho y espalda dos platos de pote gallego. Estaba buenísimo. Tomé un café y... ahora sí me fumé un cigarrillo.